
PRESENCIA DEL LIBRO

como medio de
comunicación activo
en el proceso de
construcción cultural
del México contemporáneo *

Ma. Guadalupe Chávez Méndez

*¿Por qué no le dais a la gente libros sobre Dios?
Por la misma razón por la que no le damos Otelo;
son viejos; tratan sobre el Dios de hace cien años,
no sobre el Dios de hoy. Pero Dios no cambia.
Los hombres, sin embargo, sí.
Aldous Huxley, Un mundo feliz*

Pese a que nos encontramos formando parte de este mundo globalizado que caracteriza a nuestra sociedad contemporánea, —la cual no puede ser imaginada sin la presencia de “numerosas ramificaciones (Internet, ordenadores personales, ciberespacio)” (Sartori, 2003:11) que dan sentido a la llamada *revolución multimedia*— mostramos una actitud optimista al considerar que aún así, el libro cumple una función importante en la vida moderna del hombre actual.

En este texto centraremos nuestra atención en reflexionar sobre el lugar que ocupa el libro, como producto de la cultura escrita presente en la sociedad a partir de la segunda mitad del siglo XX. Con base en ello, nos preguntamos: ¿por qué pareciera ser que a partir de la segunda mitad del siglo XX, el libro como medio de información ha formado parte de diferentes estrategias de comunicación que han generado —en un contexto como el mexicano— la integración de nichos o elite de decisión cuya presencia es mucho más notoria —en términos de sociedad— en dicho periodo

histórico?

Para encauzar nuestra reflexión hemos decidido movernos en el campo profesional que nos es propicio y que de alguna forma delimita nuestra visión del problema planteado; en ese sentido y conscientes de nuestra propia formación académica, nos enfocaremos a representar nuestra percepción desde la óptica de la comunicación, específicamente tomándose como base importante las aportaciones teóricas hechas por Marshall McLuhan. Debemos reflexionar entonces sobre la comprensión que hoy tenemos de los medios, entre los cuales, sin duda alguna, figura el libro como producto de la relación constitutiva de la cultura con la tenacidad, la mediación que ella opera entre nuestros sentidos y el sentido que cobra el mundo en lo que McLuhan llama "*la mediación mecánica*"; en la que precisamente se sitúa el imperio del libro.

La tesis de fondo de nuestro planteamiento consiste en creer que el libro, como medio importante de la cultura letrada de nuestro país, especialmente en la segunda mitad del siglo XX, por más que la sociedad se transforme y el sujeto pase de ser *homo sapiens* a *homo videns* por aquello de la *primacía de la imagen* de la que hace hincapié Giovanni Sartori, ante la palabra escrita, permanecerá siempre activo en el territorio de la república de las letras, sin correr riesgo de desaparecer, si el ser humano, producto de la cultura escrita, convierte la palabra escrita en imagen para que lo leído acabe siendo visualizado; es así como se genera un infinito proceso cognitivo que le sugiere establecer relaciones entre lo **visible** (acto de leer y comprender) y lo **inteligible** (acto de interpretar), que dé como resultado la configuración de un ejercicio dialéctico interminable en el que se conjugan varios escenarios posibles que determinan diversos *usos y apropiaciones* del libro como producto cultural y de la práctica de la lectura como acción concreta.

Sin mayores preámbulos, este texto contempla tres apartados: en el primero se describen algunos aspectos que dan cuenta del panorama contextual de la situación del libro en la sociedad mexicana de esa segunda mitad del siglo XX; esto con la finalidad de entretejer cabos sueltos que nos permitan entender su función y presencia en la vida cultural de ese tiempo. Es decir, nos acercaremos al libro como *imperio de la cultura* como bien dijera Marshall McLuhan.

Posteriormente, como segundo punto y con base en nuestra percepción, establecemos algunos vínculos y relaciones entre la presencia del libro —en dicha época— en tres magnitudes: el Estado, la sociedad y la cultura.

Por último y como tercer punto, exponemos las consideraciones finales.

A manera de contexto

La presencia del libro en la segunda mitad del siglo XX: cifras, datos y reflexiones

No cabe duda que este fenómeno complejo llamado libro¹ tiene una larga historia de la que sabemos realmente poco y todo por **no leer** lo que se ha escrito acerca del origen de este objeto que en forma de tablillas de arcilla conservaba el antiguo Oriente y “que los griegos y los romanos desenrollaban ante sus ojos, que la Edad Media encadenaba a pupitres, que nuestros antepasados tomaban en su mano y que ahora nosotros podemos meter en nuestro bolsillo” (Labarre, 2002:7). Aunque el libro ha tenido un papel trascendental “en la expresión del pensamiento y en la conservación de todo conocimiento” (idem), a medida que pasan los siglos el libro sigue sin desligarse de su soporte fundamental: la escritura (constituida entre los milenios LX y IV antes de nuestra era). Ha sido percibido en la sociedad contemporánea y particularmente por el periodo histórico que comprende la segunda mitad del siglo XX, como un objeto más (de consumo), que responde a intereses políticos y económicos más que a culturales; de esta forma no se puede desdibujar el rostro mercantil que caracteriza al mundo industrializado de nuestro tiempo actual, cuya estructura tanto económica, política y social encuentra su base y razón de ser en lo que Hans Freyer llamaría **predominancia de las categorías técnicas**:

la técnica ha llevado en el siglo XX a conquistas tan prodigiosas y se ha hecho tan omnipresente en todos los campos de la civilización moderna, que las formas de pensar y los modos de comportamiento que origina y determina han adquirido un innegable predominio (1985:599).

Esta forma de vida de revolución tecnológica la pronosticó en su momento Marshall McLuhan al creer que “cada técnica constituye una prolongación de uno de los sentidos del hombre” (citado por Baudrillard, 1982: 9). McLuhan sostiene que una vez que el hombre descubrió el alfabeto se generó un desajuste en su vida, provocado por un nuevo cambio tecnológico: la imprenta (cuyo descubrimiento no hizo más que acentuar las repercusiones del descubrimiento del alfabeto) la cual trastornó su manera de vivir, pero al mismo tiempo esta situación hizo posible que en la actualidad el ser humano transite por una nueva era denominada por algunos “revolución multimedia” (Sartori, 2003; Negroponte, 1996, y Piscitelli, 1995) y por el propio McLuhan como “revolución electrónica” (McLuhan, 1985, 1989). En esta nueva era se vaticina que el libro impreso tienda a desaparecer por la llamativa atención

puesta por el sujeto hacia los medios audiovisuales, entre ellos la televisión,² que cada día juega un papel cada vez más importante en la vida del sujeto que la consume, a tal grado, que constituye un sentido más (aparte de los que ya posee por naturaleza) que lo liga con el entorno, llegando a modificar su conducta y mentalidad; a dicho sentido lo llamaría –y parafraseando a McLuhan– *sentido electrónico* que configura la “prolongación nerviosa del hombre” (citado por Baudrillard, 1982:28).

McLuhan entiende que el medio-libro (pero sin duda esto correspondería más todavía a los medios de comunicación actuales) ha transformado nuestra civilización menos por su contenido (ideológico, informacional, científico) que por la imposición fundamental de sistematización que ejerce a través de su esencia técnica. Él entiende –y la verdad es un hecho que la conciencia no advierte– que el libro es ante todo un objeto técnico, y que el orden de arreglo que lo rige es un modelo más pregnante, más determinante a largo plazo que cualquier símbolo o información, idea o ilusión que vincule: “los efectos de la tecnología no son visibles en el nivel de las opiniones y de los conceptos, pero alteran las relaciones sensibles y los modelos de percepción continua e inconscientemente” (op.cit. 1982:32).

Por otro lado, hay quien afirma que el siglo XX avanza de una *comunidad doméstica capitalista 1* para arribar, en la década de los noventa, a una *comunidad doméstica 2*

que presupone un exacerbado imperialismo globalizado, apuntalado y extendido mediante una continua violencia guerrera en la que se incluye que miles de ojivas nucleares penden sobre la cabeza de la humanidad como amenaza soberana (Veraza, 2003:53).

Consideramos, pues, que la presencia de los medios tecnológicos de consumo, surgidos precisamente en el tiempo histórico que aquí nos ocupa, tal es el caso de la televisión y el internet, han sido factores influyentes en la escasa o casi nula existencia de interacción que pudiera suscitarse entre el libro y su lector; pero nunca una conducta obligada que determine drásticamente las acciones que cada sujeto decida realizar en su vida, porque quien es lector de corazón³ no hay poder humano que lo haga desistir del placer de la lectura por más inmiscuido que esté el sujeto en el “mundo eléctrico” que nos cobija desde la segunda mitad del siglo XX, con la aún más marcada presencia de los llamados “*mass media*” y la “reaparición de la sociedad de masas” (1960-1981) como prefiere llamarla Carlos Monsiváis (1987).

En efecto, fueron los medios de comunicación de la sociedad de consumo los responsables de internalizar en los ciudadanos los modelos culturales que estos mismos medios transmitieron y que caracterizó un suceso histórico decisivo en la época aludida, como es el hecho de que la publicidad con refinamiento profesional estudie los puntos débiles con los que se puede crear al consumidor nuevas necesidades y que las ofertas estén al mismo tiempo estandarizadas y diferenciadas para aprovechar al nivel óptimo tanto el natural conformismo del sujeto como su natural deseo de prestigio y que en la actualidad parece una actitud absolutamente normal y bien apropiada por la sociedad moderna.

Además hay que pensar que la técnica, característica primordial del siglo XX, mantuvo siempre una tendencia clara de querer penetrar, a través de todas las condiciones existentes, en los hábitos y prácticas que constituyen el estilo de vida del ser humano moderno, donde precisamente las categorías técnicas se hacen dominantes en la vida de la sociedad industrial de esa época.

Cuando la producción de bienes de consumo (el libro como caso concreto) no está orientada a una necesidad previa, sea natural o tradicional, sino que debe continuamente producir la necesidad del producto, surge el problema técnico de cómo poder despertar en el sujeto necesidades estandarizadas hasta el punto de convertirlas en necesidades remunerativas de la colectividad.

En este sentido, compartimos la idea de V. Packard de que el "El hombre se ha acostumbrado a los *hidden persuaders*: pertenecen hoy a su mundo" (citado por Hans Freyer, 1985:604). Mundo en el que en su ambiente climático se han vuelto dominantes las formas técnicas de pensamiento y comportamiento; puede ser definido con los términos de realismo y concreción, que no faltan en ninguno de los intentos de caracterizar la época de la segunda mitad del siglo XX y de describir el contenido interior del ser humano moderno. Su lugar de origen y su específico campo de acción es la técnica. Pero no sólo la técnica: todo campo de competencia suficientemente formado desarrolla sus normas y prácticas y rechaza cualquier intervención como no pertinente.

En este contexto la relación del sujeto respecto a los objetos con los que trata (en este caso el libro), se objetiva en proporción con la intervención de la técnica; de esta manera diremos que es en este periodo cuando el libro como objeto alcanza su perfecta forma técnica al intervenir la producción en serie. Esto facilita el proceso de elaboración, reduce costos, abarata la producción editorial y la simplifica, ya que siempre se puede conseguir un cúmulo de textos idénticos, resultantes de un solo proceso de edición. Así, el libro se convierte en un producto fabricado y

artículo de comercio.

En calidad de producto fabricado participa en la historia de las técnicas y se deben considerar sus soportes, la técnica de escritura, los procesos para fabricarlo.

Es en su aspecto de artículo de comercio que el libro abre perspectivas de estudio tanto económicas como sociológicas; abarca el dominio de la edición, de la preparación y la difusión de las obras, de los factores que favorecen u obstaculizan su difusión. El libro también constituye un objeto de arte y de colección al momento que su valor recae en la belleza y cuidado de su presentación, ilustración y encuadernación.

Conscientes de que esto únicamente concierne al aspecto exterior del libro; pero es el texto la razón de ser del libro y su destino natural lo determinan los propios lectores porque de acuerdo con Labarre “solamente el libro leído es un libro completo” (2002:8). En ese sentido, el uso que se haga de éste queda en manos y actitud de quien lo posea. De esta manera, el libro como objeto de consumo se vuelve pulimentado y despuntado por simple oportunidad de funcionamiento y no ofrece ya pretexto para sentimientos o reacciones personales, es decir, se materializa su valor y su sentido social y cultural.

Esto determina una mezcla muy especial de cercanía y alejamiento de los objetos: en este caso del libro. De cercanía, porque realmente está “al alcance de la mano”; se encuentra siempre dispuesto a ser tomado, consultado e interpretado, sólo requiere de un lector que lo acepte, lo haga suyo en tiempo y forma. Pero he ahí la paradoja de la vida en una civilización avanzada en el aspecto técnico donde lo que menos importa es leer.⁴

Los números rojos de las estadísticas reportan una escasez de lectores aún en esferas alfabetizadas que en muchos de los casos integran la comunidad universitaria que se supone deberían tener algún contacto con los libros, ya que, desafortunadamente, no constituyen una colectividad lectora.

No es secreto conocer la existencia de un analfabetismo cultural constituido por personas del ámbito universitario; muchas de estas personas (por más increíble que parezca) han conseguido cursar hasta el último grado académico (postdoctorado).

Al respecto Gabriel Zaid señala que:

hay millones de personas con estudios universitarios. Por mal que estén económicamente, pertenecen a la capa superior de la población. Pues bien, estos millones de personas superiores en educación y en ingresos, no dan mercado para más de dos o tres mil ejemplares por título, o mucho me-

nos. Y si las masas universitarias compran pocos libros, ¿para qué hablar de masas pobres, analfabetismo, poco poder adquisitivo, precios excesivos? El problema del libro no está en los millones de pobres que no saben leer y escribir, sino en los millones de universitarios que no quieren leer, sino escribir (1996:86).

Lo grave de esta situación es que no sólo México carece de lectores irredentos,⁵ la ausencia y apatía a esta práctica es mundialmente compartida aunque en proporciones desiguales cuyo resultado al final de cuentas se resume en que

leer no es un ejercicio muy popular en el mundo, y leer libros sin consigna de utilidad es todavía más impopular, lo mismo en México que en España, Francia o Dinamarca, con la única diferencia de que en los países ricos la población culta es más amplia, el tiempo de ocio más prolongado y mejor invertido, y la tradición editorial y literaria más respetada y estimada (Argüelles, 2003:87).

La falta de lectores de libros propiamente, pone en conflicto la economía de las editoriales por más que las estadísticas publicadas por la UNESCO dibujen un panorama optimista al

apreciar el considerable incremento de la producción mundial del libro en estos años, incremento debido al desarrollo de las naciones jóvenes, aun cuando el mundo occidental conserva un lugar preponderante en esta producción; de 332 000 títulos en 1960, pasó a 521 000 en 1975 y a 842 000 en 1989 (Labarre, 2002:137).

A continuación y con base en la interpretación hecha a algunas cifras que proporciona Albert Labarre (2002) se muestra el siguiente cuadro que plasma el número de títulos publicados en los principales países productores de libros, en los que México "brilla por su ausencia".⁶

Principales países productores de libros	1980	1996
Alemania Federal	64 761	71 618
China	19 109	100 951 (1994)
España	26 195	46 330
Estados Unidos	79 676	68 175
Francia	32 318	34 766 (1996)
Gran Bretaña	48 069	107 263
Italia	12 020	35 236
Japón	45 596	56 221
URSS (después Rusia)	80 676	36 297

Se puede confirmar, no obstante, que si bien las lenguas occidentales ocupan el primer lugar, su proporción va en declive, lo que refleja un indicador de incremento en lo que respecta a la producción del libro en los países del tercer mundo.

En 1960, 72% de los títulos se publicaban en Europa y 5.4% en Norteamérica; en 1986, Europa ya no publica más que 54.5% de los títulos, pero Norteamérica 12.9 por ciento (idem).

Sin embargo, existen estudiosos del libro quienes presentan la situación desde otro ángulo; por ejemplo, Octavio Rodríguez Araujo señala que:

En nuestro país, con datos de 1996 en *L'état du monde*, se publicaron, 6 mil 183 libros (títulos), mientras que en España se publicaron, el mismo año, 46 mil 330 y en Estados Unidos 68 mil 175 [...] En México los tirajes para una población de 100 millones de habitantes son ridículos, incluso en los periódicos: los siete principales diarios mexicanos editan la misma cantidad de unidades que uno de los principales de Argentina (con menos habitantes que México), para no hablar de los grandes diarios en Estados Unidos o en los países más desarrollados de Europa occidental [...] con datos de 1996 y 1997 según el país, Canadá publicó un título de libro por cada mil 532 habitantes, Estados Unidos un título por cada 4 mil 19 habitantes. **México: un título por cada 15 mil 494 habitantes.** Bélgica, Francia, España, Dinamarca, Suecia, Irlanda, Reino Unido, Corea del Sur, Japón son países con producción de títulos de libros superior a uno por mil 700 habitantes. Se dirá que estamos comparando a México con países desarrollados. Veamos los siguientes datos: Costa Rica (uno por 3 mil 714), Argentina (uno por 3 mil 667), Uruguay (uno por 3 mil 521), Chile (uno por 6 mil), Brasil (uno por 758), Malasia (uno por 3 mil 664), Nigeria (uno por 8 mil 98) (Rodríguez, 2002:13).

Asimismo, en tiempos en los que se discutía si se cobraba IVA a los libros, Rubén Carrillo Ruiz proporcionó los siguientes datos que vienen a cuento ahora:

Según el INEGI, las familias mexicanas destinan el 1.5 por ciento de sus gastos totales a la compra de libros, revistas y periódicos, lo que representa 23 mil millones de pesos. De acuerdo con los datos de la misma fuente, aproximadamente el 57 por ciento del valor producido en la industria editorial corresponde a la adquisición de insumos sobre los cuales se podía demandar la devolución del IVA. Al cambiar esta disposición y no proceder a la devolución del IVA, los costos totales de la industria aumentarán en 8.5 por ciento, porcentaje que repercutiría en los precios finales de los libros y demás productos de la industria editorial, es decir, entre un 15 y 40% [...] Del gasto total que realizan los hogares mexi-

canos en productos de la industria editorial, el 78 por ciento corresponde a libros diversos; el 15 por ciento a periódicos y el 7 por ciento a revistas (Carrillo, 2002:2-4).

Lo dicho hasta ahora en relación al paupérrimo estado que presenta nuestro país en cuanto a porcentaje de títulos publicados y en la raquítica adquisición del libro por parte de los mexicanos, responde el porqué es cada vez más notorio el triste destino que han tenido muchas librerías (espacio considerado por la CANIEM como el principal canal de comercialización y distribución del libro, sin negar también el importante impulso dado cada año por la FIL)⁷ en los últimos años en México, y no sólo en la zona metropolitana sino en todo el país. El cierre de librerías se debe a que ciertos funcionarios públicos piensan como empresarios y a falta de venta del libro (percibido desde su óptica como un tipo de mercancía, como cualquier otra) deciden cerrarlas porque que es un negocio que no deja ganancias.

Pero esta actitud y acción misma de cerrar librerías ha constituido uno de los grandes problemas en México

país que con sus 100 millones de habitantes apenas cuenta con 500 librerías, entre ellas muchas que no son sino establecimientos muy pequeños pero que por vender preferentemente libros merecen el nombre de *librerías* [...] Esas 500 librerías mexicanas, en un país con una superficie de casi 2 millones de kilómetros cuadrados, es el número de librerías con el que cuenta, nada más, la ciudad de Barcelona, en España. Esas 500 alcanzan en México para brindar una cobertura muy escasa: una librería por cada 194 000 habitantes; una librería por cada 4 000 kilómetros cuadrados (Argüelles, op.cit.:179).

Cabe señalar, que precisamente por la magnitud de su extensión territorial, México ocupa el lugar número 14 entre las naciones con mayor superficie territorial y por sus 100 millones de habitantes ocupa el puesto número once entre las naciones de mayor población.

Si hiciéramos un ejercicio comparativo (conscientes de la realidad mexicana con la del primer mundo) entre México, Francia y España, resultaría lo señalado por Juan Domingo Argüelles:

Francia. Un país con una población total de 59 millones de habitantes (40% menos que México) y una superficie de 549 000 kilómetros cuadrados (apenas un poco más de la cuarta parte de México), posee, según se sabe, entre 18 000 y 20 000 puntos de venta de libros, de los cuales algo así como 6 000 son librerías, es decir, hay aproximadamente una por cada 10 000 habitantes y una por cada 92 kilómetros cuadrados.

Y digamos, también España. Con una población total de 42 millones de habitantes (menos de la mitad de la población total de México) y con una superficie de 504 000 kilómetros cuadrados (la cuarta parte de la extensión del territorio mexicano), España cuenta con más de 5000 librerías aproximadamente una por cada 8 000 habitantes, una por cada 96 kilómetros cuadrados” (op.cit.: 179-80).

No es gratuito, entonces, que sea precisamente a principios del siglo XX, cuando México figure como importador de libros provenientes de España y París y ahora en pleno inicio del Siglo XXI vuelva a importar libros de España.

Aunque México no se ha considerado gran exportador de libros hay que reconocer que nuestro país brilló en el panorama editorial del continente y España, gracias al Fondo de Cultura Económica (FCE), creado en 1934 por uno de los más grandes intelectuales que ha dado el país: Daniel Cosío Villegas. De 1940 a 1960, el panorama editorial de América Latina y España fue dominado por el Fondo de Cultura Económica. Eran los años de Fco. Franco, cuando buena parte de los creadores españoles se refugiaron en nuestro país⁸ y no había competencia para el Fondo porque también Argentina, otro de los grandes productores de libros, vivía años difíciles.

En esos años, comentó Emmanuel Carballo, uno de los hombres que más sabe de libros en nuestro país y en el mundo, en una charla efectuada en mayo del año en curso durante su visita a la Universidad de Colima: “México era el faro de América Latina. Todos nos creamos leyendo los libros del Fondo” (*El Comentario*, 2003:6).

Por otro lado, según datos de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANIEM), en el año 2000 se vendieron 11% menos ejemplares que en 1999: 115 239 303 contra 102 519 081. Asimismo, la exportación de ejemplares disminuyó más de 29% en el año 2000 con relación al año anterior: 10 210 540 contra 14 461 810.

Referente a los canales de comercialización, la CANIEM informa que del total de libros vendidos en los distintos canales de comercialización, “67% estuvo a cargo de los propios editores y 33% a cargo de terceros”, pero “el promedio general de devolución en el año fue de 34.4% (citado en Argüelles, op.cit.:181).

Reporta también la CANIEM que el principal canal de comercialización del libro fueron las librerías, mediante las cuales llegaron al lector 44% de los libros vendidos, y cuyo porcentaje de devolución fue de más de 13%, similar al porcentaje de devolución de tiendas de autoservicio y departamentales, las cuales vendieron el 7.9%.

Contra lo que pudiera pensarse, en materia de distribución y venta de libros, tampoco las nuevas tecnologías han funcionado como una alternativa de compra eficaz del producto, pues en el año 2000 “el uso del internet como canal de ventas para el libro fue el que registró el porcentaje de ventas más bajo: 0.2%; prácticamente nada” (ídem).

Cabe señalar, que estos porcentajes corresponden a las sumas y porcentajes del sector editorial privado de libros en México agrupado en la CANIEM, es decir, un total de 238 editoriales en el año 2000, y aunque exista un número similar de editores carentes de afiliación en la CANIEM.

Ante todo este panorama en el que penosamente vemos desaparecer librerías, otras más sobreviven de forma raquítica, y peor aún cada vez son menos frecuentadas, con fondos progresivamente escasos y con una débil facturación.

Gabriel Zaid ha comentado que en México los libreros tendrían que ser algo así como adivinos, y las librerías lugares de azar donde el encuentro del lector con el libro buscado muchas veces resulta ser un encuentro casual producto de un milagro de la vida.

El libro y su relación con tres magnitudes:

el Estado, la sociedad y la cultura

Sin duda, el libro a través de la historia ha sido percibido como el principal vehículo generador de cultura para la sociedad. De hecho, hay quien afirma que

durante mucho tiempo fue el medio principal, incluso el único para difundir y conservar las ideas y los conocimientos, participando así en la historia de la civilización (Labarre, 2002:9).

En ese sentido, al constituirse en 1821 el Estado-nación, se construyen fuertes lazos de poder entre lo que inicialmente llamamos “tres magnitudes” conformadas –desde nuestra óptica– por el Estado, la sociedad y la cultura.

El Estado, al retomar la campaña alfabetizadora, manifiesta interés en “fortalecer y ampliar el patrimonio bibliográfico de México” (González, 1994: 288) y con ello indudablemente contribuye a promover y preservar la cultura en la sociedad; independientemente de que el patrimonio libresco de la república mexicana haya sido consultado principalmente por eruditos y escritores de la etapa que comprendió de 1821 a 1920 (González, op.cit.).

El Estado también ha favorecido a la sociedad en cuestión cultural, al tomar partida en el desarrollo de bibliotecas públicas en las que se mani-

fiesta la expansión del libro y por ende, beneficia la cultura.⁹

La creación de bibliotecas (vale decir, que no es un tema nuevo, recordemos que entre los que mostraron interés en gestionar esta iniciativa se encuentran José Vasconcelos¹⁰ con todo "su fervor bibliotecario" (González, op.cit.:293) y el general Obregón) es una estrategia política implementada por el gobierno para proporcionar a los usuarios un espacio para acceder al disfrute y uso de los libros, y con ello conservar y legitimar su relación con la sociedad y la cultura.

La participación del Estado en el proceso educativo hizo que el libro se percibiera como un producto obligado a ser leído y por ende, el ejercicio de leer como un deber impuesto desde la esfera política que legitima la educación en nuestro país.

El historiador Luis González comenta que

Contra su gusto en la mayoría de los casos, veinte millones de estudiantes de la primaria, la secundaria, la preparatoria, la universidad y otros compartimentos de la educación son obligados a leer desde los libros de texto gratuito hasta las lecturas de varia índole, que recomiendan los catedráticos de las máximas casas de estudio. De los agraciados con el diploma profesional, deben seguir leyendo los investigadores, los periodistas y los catedráticos, aunque no parece complacerles mucho la lectura que no sirve directamente a los propósitos del momento (1994:297).

Esta situación enfatiza, sin lugar a dudas, el sentido práctico de la lectura, concebida (más que como una práctica cultural de libre elección que configura un acto placentero y subversivo que no se subordina a recompensa de ninguna especie) como un mecanismo útil para conseguir el éxito profesional y, sobre todo laboral, social, cultural, económico y político, privilegiando en este discurso triunfalista la capacidad de dominio y, por lo tanto, de poder, antes que el gusto desinteresado. El desarrollo se equipara con la escolarización y con diplomas, y aquí la lectura es uno de los requisitos para estar al día y bien informado. Si la información es dominio, la lectura es fundamental para acceder al poder y pertenecer al grupo privilegiado que lo ejerce y entonces por eso la presencia del libro en la sociedad es importante.

En este sentido, creemos que desde el Estado,

se hace una apología de los libros porque se quiere probar que gracias a la lectura se adquieren destrezas y habilidades y, con ello, puede alcanzarse el éxito en el desenvolvimiento social, empresarial [...] No deja de ser hipócrita, que desde el discurso relamido y políticamente correcto, se recomiende la lectura de libros con el argumento de que éstos nos *edifican*, cuando todos sabemos que, si partimos del desdén y rechazo social,

los escritores (vivos) son lo menos ejemplar y edificante que existe.
(Argüelles, 2003:128).

El libro (en un sentido amplio) aspira por esencia a una comunicación y a una difusión que sean lo más amplias que se pueda. Se ha dicho frecuentemente que el desarrollo de la cultura y una mayor demanda de libros harían inevitable la presencia de bibliotecas.

Recordemos que es precisamente en los doce últimos años los gobiernos de López Portillo (1976-1982) y de De la Madrid (1982-1988) fueron quienes se encargaron o preocuparon por ampliar y mejorar la red de archivos y bibliotecas. A este último, le corresponde el 2 de agosto de 1983 poner en marcha el Plan Nacional de Bibliotecas Públicas

que comienza por establecer y reorganizar bibliotecas y salas de lectura en las capitales de los Estados y en las Delegaciones del Distrito Federal; sigue con la apertura de bibliotecas en Municipios mayores de treinta mil habitantes, y concluye con la instalación de acervos chicos en cabeceras municipales de terruños poco poblados. Hasta ahora se han establecido 47 bibliotecas de la especie grande; 458 de la especie mediana, y 831 en Municipios pequeños. Entre los mil cuatrocientos fondos se reparten siete millones y medio de volúmenes. De otro lado, las instituciones de alta cultura como la UNAM, UAM, y los Colegios de México y Michoacán han hecho y vuelto a hacer bibliotecas de primer orden.
(González, 1994: 297).

El Estado ejerce influencia más amplia en el ámbito de la educación y la enseñanza al institucionalizar las políticas educativas que garanticen, sobre todo, la comercialización del libro;¹¹ aunque éste no sea propiamente leído, sí se usa para disfrazar la enorme carencia existente en un país sin lectores y con preocupantes baches culturales. Es aquí, donde el libro ocupa un lugar preponderante como mercancía que está por demás decir, no se vende, y peor aún, cuando se adquiere, no se lee.

Aunque haya quien testifique que

Entre 1921 y 1970 aumentó muchísimo el número de posibles lectores mexicanos a resultas de la campaña de alfabetización iniciada por José Vasconcelos y proseguida por Jaime Torres Bodet y Agustín Yáñez. Vasconcelos encontró que apenas 28% de sus compatriotas mayores de seis años podían leer y que sólo una mínima parte de los tres millones de alfabetas leía algo más que anuncios comerciales y notículas. En 1940 el número de posibles lectores fue de 43% en número relativos y de ocho millones en términos absolutos. En 1960, dos tercios de la población sabían leer y escribir; es decir, diecisiete millones de personas, y en 1970, sólo la cuarta parte del conjunto era analfabeta, lo que da un número de

28 millones capacitados para leer, aunque muchos sólo leyeran entrecortadamente. En el medio siglo que corre del ministerio vasconceliano al de Yáñez se multiplica por nueve el número de compatriotas con capacidad de lectura. En esos años se incorporan al mundo del alfabeto todos los individuos de las clases medias, casi todos obreros, la gran mayoría de los rancheros, la mitad de las campesinos y algunos indígenas. Por primera vez la cultura escrita alcanza a todos los sectores de la población aunque no con igual intensidad. La lectura recién llegada al pueblo por las campañas alfabetizadoras, las revistas de crímenes y de monitos y los anuncios comerciales se ve irrumpida por la radio, el cine y la televisión que producen un PUEBLO ATRAPADO POR RUIDOS, IMÁGENES Y LETRAS que lo traen al estriquite, sin rumbo, con pocos deseos de lectura en la mayor parte de la población alfabetizada que prefiere el uso de la vista y el oído al de la razón (González, 1994: 295-296).

Ante el panorama planteado creemos que aunque el gobierno y las dependencias académicas consideradas de “alta cultura” sigan tripulando la industria editorial mediante la publicación de libros —como bien dijera, Luis González— “para el macheteo escolar, de impresos de corta venta y valía científica y de volúmenes de lujo”, asimismo, aunque sigan creciendo y mejorándose las bibliotecas públicas, el libro difícilmente conseguirá, con ello, su destino final: el ser leído con placer, si el lector carece de un hábito incorporado que sólo se adquiere al practicar “la vieja costumbre mexicana de los bibliohogares”.

Compartimos la idea de creer que

quien guste de los libros por manoseables, por bien diseñados, por su encuadernación y tipografía, por sus ilustraciones y sobre todo por los buenos ratos de lectura que proporcionan seguirá rodeándose de libros (González, op. cit.: 300);

sin embargo son precisamente de este tipo de personas (lectores) de las que México carece. Esta situación da pie a que planteemos nuestra última reflexión que radica en pensar que el verdadero problema del libro en la actualidad no es su posible desaparición por culpa de las nuevas tecnologías. El verdadero problema del libro es originado por el mismo sistema educativo, donde escasos individuos consiguen transformarse en lectores; un sistema donde, en palabras de Stephen Vizinczey (1991, 1994, 2001), sólo los lectores de sensibilidad indestructible pueden sobrevivir a la educación sobre la literatura.

Buena parte de los universitarios no piensan en la lectura como un placer, sino de antemano consideran que *leer es difícil, quita tiempo a la carrera y no permite ganar puntos más que en la bibliografía citable*; en

cambio, publicar "sirve para hacer méritos", como lo señala atinadamente, Gabriel Zaid (1996).

Consideraciones finales

Actualmente nos encontramos en la confluencia de dos épocas: la de la imprenta y la de la televisión, y aún con la marcada penetración que la televisión obtuvo dentro de los hogares de la segunda mitad del siglo XX, el libro y la lectura se convirtieron en las últimas décadas del siglo XX en falsos argumentos para la discriminación cultural.

La cultura del deber que caracteriza, todavía más, a nuestra sociedad contemporánea, ha hecho del libro un instrumento obligado a ser leído, lo que significa imponer la lectura, conduciéndonos de esta manera, a formar parte de una sociedad frígida, al privar la libertad de elección del sujeto de leer por placer o por obligación.

No dudamos que leer es provechoso y muy satisfactorio, que mediante la lectura el ser humano obtiene información que le permite construir relaciones y con ello aumentar su conocimiento de las cosas que configuran su mundo y su vida. Sin embargo, creemos que implementar en el sujeto el camino del deber, es inadecuado, porque no es obligándolo a leer libros como se conseguirá incentivarlo, ni la forma correcta de hacer de la lectura un hábito.

Si de verdad interesa que el sujeto se acerque a los libros, necesitamos romper con las estructuras de un sistema obligatorio que compensa con muy poco disfrute los deberes. En ese sentido, los libros se perciben más como artículos de rechazo, de miedo, de flojera y hasta de aburrimiento que como objetos de deseo; situación que acarrea un enorme distanciamiento hacia éstos por parte del sujeto. Esto mismo también garantiza una falta de hábito incorporado desde el nicho familiar y no se diseñen estrategias para remediar el problema desde las altas esferas políticas que legitiman la educación en México.

Comulgamos con la idea de Andrés Henestrosa (1992) de que en nuestro país tanto la adicción al libro como a la lectura no han prosperado por la ausencia en los hogares de una biblioteca familiar, en la que no se requiere de un gran número de volúmenes para constituir el principio de una tentación; con unos pocos bastaría para el arranque de una vocación y la gloriosa oportunidad de caer irremediamente en un "vicio".

Sin olvidarnos de que estas bibliotecas se forman con libros leídos placenteramente, los cuales se conservan por ese recuerdo de goce. Pero si la lectura continúa imponiéndose como una práctica obligatoria, me-

nos lectores conformarán este país, y más aberración se tendrá por los libros.

Conscientes del peligro que podría correr el libro, precisamente, en la primera mitad del siglo XX cuando aparece la masiva difusión de los procesos digitales, y considerando nada descabellada la profecía sentenciada por McLuhan hace cuarenta años, sobre la extinción del libro y el fin del tiempo y el espacio lineales, hay razones para creer que la historia del libro no acabó con el fin del siglo XX.

Pensamos al igual que Svend Dahl (1991), que existirá siempre una misión para este práctico medio de comunicación que posee la ventaja esencial sobre los demás de no ser pasajero como ellos, sino un perdurable depósito de pensamientos y saberes, acciones, sentimientos y fantasías de la humanidad, siempre dispuesto a abrirse de nuevo en plena *aldea global* (como diría McLuhan, 2002) en la que el libro es un muerto saludable que todavía no termina de morir, ni morirá por lo que su función no está perdida, a pesar de los grandes y absurdos yerros de los mismos que intervienen en el mundo editorial y librero de nuestro México contemporáneo.

Notas y referencias bibliográficas

* Texto presentado en el Segundo Coloquio Editorial denominado: “La industria editorial en la construcción cultural de México. Palabra impresa, Estado, Iglesia y sociedad. Siglos XIX y XX”, organizado por la Universidad de Guanajuato, a través de la Dirección de Extensión y la Editorial Universitaria, en coordinación con el Colegio de Historiadores de Guanajuato, A.C., efectuado del 17 al 20 de junio de 2003, en la Ciudad de Guanajuato. Este texto fue reelaborado con base en los criterios de dictaminación de la revista *ESCC*.

1. ¿Qué es esa cosa llamada libro? Sin duda que definir lo que es, requiere de un ejercicio complejo por el carácter y significado simbólico que el libro como objeto cultural guarda en sí. Sin embargo, compartimos las nociones manifestadas por Albert Labarre, indispensables de conjuntar si queremos definir lo que el libro es: “Soporte de la escritura, difusión y conservación de un texto, manejabilidad. Por principio el libro es un soporte de la escritura; de ese modo, las tablillas de arcilla sumerias, los papiros egipcios, los rollos de la antigua Roma, los manuscritos medievales, nuestros impresos y también los microfilms pueden ser considerados como libros, pese a la gran variedad de los soportes y las formas. La idea del libro también está asociada con la edición, es decir, con la voluntad de difundir un texto y con el deseo de su conservación; de ese modo el libro se distingue de todos los escritos privados, desde la carta al acta notarial, a los que se clasifica generalmente entre los documentos de archivo. Finalmente, el libro debe ser manejable, mientras que no todos los soportes de la escritura lo son; numerosos textos han sido grabados en piedra; sin embargo, a nadie se le ocurriría considerar el obelisco de la plaza de la Concorde como un libro” (2002: 8). La idea de Labarre concuerda con la definición dada en 1895 por la *Grande encyclopédie* al englobar esos tres aspectos en una fórmula sucinta: “Reproducción escrita de un texto[...] destinada a la divulgación con una forma portátil” (citada por Labarre, op.cit.).
2. McLuhan afirma que *la televisión es, sobre todo, una prolongación del sentido del tacto* (citado por Morin, 1982: 42), quien ahí mismo señala que el uso de la televisión ha creado un compromiso total en una actualidad global. McLuhan parece ver esencialmente una gran virtud en este fenómeno: “la televisión ha enseñado a los norteamericanos a pensar con profundidad... abrió a Norteamérica a la sensibilidad europea” (*Understanding*).
3. “En cualquier nación del mundo, un lector asiduo es aquel que posee un hábito perfectamente formado y que, aunque puede hacer uso frecuente y experto de la biblioteca pública, por lo general obtiene la mayor parte de sus materiales de lectura mediante la compra directa de libros” (Argüelles, 2003: 88).

4. Para constatar la falta de hábito de lectura y el estado paupérrimo de esta práctica véase (Zaid, 1996; Bartra, 1998; Rodríguez, 1998 a y b; Muñoz, 1995; González y Guadalupe Chávez, 1996; Chávez, 2002).
5. Las estadísticas de lectura que reflejan el comportamiento de los lectores de los países ricos y cultos, “hablan de diez, quince y acaso veinte o más libros anuales por ciudadano en promedio, a diferencia de países como México, con apenas un libro y tal vez menos” (véase Argüelles, 2003: 87).
6. Será acaso porque las cifras que Labarre dice que “ofrece la Cámara Nacional de la Industria Editorial indican que el sector se ha contraído de 1990 a 2000 y da estos números: en 1990 existían 423 casas editoriales con una producción de 21 500 títulos y un total de 142 millones de ejemplares; en 2000 las editoriales se habían reducido a 238, el número de títulos a 16 003 y el de ejemplares a 97.8 millones” (op.cit.: 138).
7. Organismo que desempeña cada vez más un importante papel en la promoción y comercialización del libro, y como muestra un botón: En la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en su XVI edición asistieron 420, 280 personas con boleto pagado (33, 660 más que el año anterior) visitaron las instalaciones de la feria y recorrieron los pasillos de los 26 mil metros cuadrados de exposición. De estos visitantes, cerca de 35 000 provinieron de estados diferentes a Jalisco. A la FIL asistieron 1, 305 editoriales de 35 países diferentes. México contó con 365 expositores. Ahí también estuvieron 14, 267 profesionales del libro y 60 agentes literarios (Blanco, 2003: 5).
8. Una vez que murió Franco en España, las editoriales de aquel país comenzaron de nuevo a invadir de libros nuestro continente. Santillana, Anagrama, Tusquets y Espasa-Calpe, entre otras, se adueñaron del negocio editorial. Según Emmanuel Carballo, esto no tiene nada que ver con cierto imperialismo cultural español, sino con la globalización. “Ahora nadie sabe dónde está la casa matriz, dónde las sucursales, o de dónde proviene el dinero”(El Comentario, 2003: 6).
9. “Se habla que en los próximos cuatro años y medio se destinarán al programa ‘Hacia un país de lectores’ 4 mil millones de pesos, monto poco menor a los 4 mil 900 millones de pesos correspondientes al presupuesto anual para la cultura” (Carrillo, 2002: 2-4). En el mencionado programa se prevé la creación de 100 mil bibliotecas municipales, que se sumarán a las poco más de 6 mil de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, de las cuales se rehabilitarán y modernizarán 2 mil; y se crearán 750 mil “Bibliotecas de aula” para escuelas primarias públicas.
10. Considerado “héroe originario de la Revolución en el orden cultural, establece una revista para seguir su marcha (El libro y el Pueblo) y promueve cursos de biblioteconomía donde se forman tres distinguidos bibliólogos: Juana Manrique de Lara, María Teresa Chávez y Joaquín Díaz Mercado. Enseguida viene el alud bibliográfico conducido por un Secretario de Relaciones Exteriores, tan memorable por la doctrina que lleva su nombre como por las Monografías Bibliográficas Mexicanas. Gracias a él le tomaron gusto a la humilde tarea de hacer catálogos de libros: Francisco Almada, Rafael Ayala, Ramón Alcorta,

Julián Amo, Alfredo Barrera Vázquez, Juan Comas, Mario Colín, Joaquín Díaz Mercado, Francisco Gamoneda, Federico Gómez Orozco, Jesús Guzmán, Juan B. Iguinis, Agustín Millares Carlo, Felipe Texidor y Emeterio Velarde Téllez. Millares y Mantecón recogen los hechos entonces en el Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas” (González, 1994: 294).

11. “El gobierno y los institutos de alta cultura han de seguir a la cabeza de la industria con la publicación de libros para el macheteo escolar, de impresos de corta venta y valía científica y de volúmenes de lujo” (González, 1994: 298).

Bibliohemerografía

- Argüelles, Juan D. (2003). *¿Qué leen los que no leen?*, México, Paidós.
- Bartra, Roger. (1998). “Libros hambrientos, lectores escasos”, *Reforma*, Cultura, 10 de febrero, México.
- Blanco, Francisco. (2002). “Reporte de la FIL de Guadalajara. El final: Libros, ideas y proyectos”, *El Comentario*, 10 de diciembre, Colima-México.
- Baudrillard, Jean. (1982). “Understanding Media”, en: Kattan, Naim, *El análisis de Marshall McLuhan*, Barcelona, España, Ediciones Buenos Aires.
- Carballo, Emmanuel. (2003). “Sin imprentas universitarias, México estaría en la oscuridad cultural”, *El Comentario*, 13 de mayo, Colima-México.
- Carrillo, Rubén. (2002). “Pasado inmediato. ¿Hacia un país sin lectores?”, *El Comentario*, Colima-México.
- Chávez, Guadalupe. (2002). *Práctica de la lectura en México y el libro como producto cultural*, México, Cuadernos altexto/Universidad de Colima.
- Dahl, Svend. (1991). *Historia del libro*, trad. Alberto Adell, México, Alianza / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Freyer, Hans. (1985). “La época de las guerras mundiales”, en: Heuss, Alfred, *Historia Universal: El mundo de hoy 2*, España, Espasa-Calpe.
- González, Luis. (1994). “El libro en la vida cultural de México”, en: Florescano, Enrique (compilador), *El Patrimonio Cultural de México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- González, Jorge A. y Ma. Guadalupe, Chávez. (1996). *La cultura en México I. Cifras clave*, México, CNCA/Universidad de Colima.
- Henestrosa, Andrés. (1992). *Los hombres que dispersó la danza y algunos recuerdos, andanzas y divagaciones*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Labarre, Albert. (2002). *Historia del libro*, México, Siglo XXI.
- McLuhan, Marshall. (1985). *La galaxia Gutenberg*, trad. Juan Novella, Barcelona, Planeta.
- (1989). *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, México, Diana.
- y B.R. Powers. (2002). *La aldea global*, Barcelona, Gedisa.
- Monsiváis, Carlos. (1987). “Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano”,

- en: *Nexos*, núm. 109, enero, México.
- Morin, Edgar. (1982). "Para comprender a McLuhan", en: Kattan, Naim, *El análisis de Marshall McLuhan*, Barcelona, España, Ediciones Buenos Aires.
- Muñoz, Sonia. (1995). *El ojo, el libro y la pantalla. Consumo cultural en Cali*, Colombia, Facultad de Humanidades.
- Negroponte, Nicholas. (1996). *Ser digital*, trad. Dorotea Placking, México, Atlántida/Océano.
- Piscitelli, Alejandro. (1995). *Ciberculturas en la era de las máquinas inteligentes*, Argentina, Paidós.
- Rodríguez, Xavier. (1998a). "La lectura como forma histórica de la educación en Latinoamérica", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 171, enero-marzo, México, UNAM.
- (1998b). "Libros, educación y cultura", *El acordeón*, núm 22, enero-abril, México, UNAM.
- Rodríguez, Octavio. (2002). "De autores y libros", *La Jornada*, Política / Opinión, 10 de enero, México.
- Sartori, Giovanni. (2003). *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, México, Taurus.
- Veraza, Jorge. (2003). *Para la historia emocional del siglo XX*, México, Itaca.
- Vizinczey, Stephen. (1991). *Un millonario inocente*, trad. Ana María de la Fuente, México, Grijalbo.
- (1994). *El hombre del toque mágico*, trad. Ana María de la Fuente, Barcelona, Seix Barral.
- (2001). *Verdad y mentiras de la literatura. Ensayos y críticas*, trad. Pilar Giralt Gorina, Barcelona, Seix Barral.
- Zaid, Gabriel. (1996). *Los demasiados libros*, México, Océano.